

SUBSIDIO

TIEMPO PARA HUMANIZARNOS



COMISIÓN TELÓGICA E INTERDISCIPLINAR
CONFERENCIA DE RELIGIOSAS Y RELIGIOSAS DE BOLIVIA
ABRIL 2020



SUGERIMOS ESTAS REFLEXIONES PARA NUESTRAS COMUNIDADES, PENSADO EN ESTE TIEMPO COMPLEJO QUE ESTAMOS VIVIENDO, LA NECESIDAD DE HACER UNA RELECTURA DE LOS ACONTECIMIENTOS.

LECTURA PARA SER LEIDA, COMPARTIDA, REFLEXIONADA Y ORADA ENTRE NUESTRAS HERMANAS Y HERMANOS.

¡GRACIAS!



SOMOS VULNERABLES, SOMOS HUMANOS

fray Osvaldo Robles Segovia, O.P.

En dos de los Evangelios sinópticos (Mt 27,46/Mc 15,34)¹ aparece la frase de Jesús antes de morir: “¡Dios mío, Dios mío! ¿Por qué me has abandonado?”. En esta expresión de Jesús en la cruz se hace, sin duda alguna, referencia al Salmo 22,2-3, donde se puede leer lo siguiente:

“Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado? ¡Lejos de mi salvación la voz de mis rugidos! Dios mío, de día clamo, y no respondes, También de noche, no hay silencio para mí”.

En el Salmo 22 se habla sobre el sufrimiento y la esperanza del justo. El texto tiene una secuencia que va de menos a más, o de lo negativo a lo positivo, donde se deja entrever la esperanza del hombre y la justicia divina: De hecho termina con la frase: “La descendencia hablará del Señor a la edad venidera, contará su justicia al pueblo por nacer...” (Sal 22,32).

Los textos tanto de Marcos como de Mateo colocan esta frase en boca de Jesús, para dejar claro que se trata de un hombre vulnerable, expuesto al dolor, al sufrimiento, a pesar de que él era un hombre justo. Se trata de un grito de desesperación, es una forma de pedir auxilio frente a una inminente realidad: ¡La muerte, el fin se acerca! Ya no hay más que hacer, las fuerzas, las ganas, los ideales, los proyectos, la vida se están por terminar. Así está presentado Jesús en la cruz, en sus últimos minutos de vida. Es un hombre que ha perdido todo. Ya no le queda absolutamente nada. Jesús se siente abandonado, ya nada ni nadie le puede dar una ayuda, ya no hay luz, no hay esperanza para él, que está colgado en un madero.

Un gesto muy hermoso y que muchas veces pasa desapercibido en nuestras lecturas es la actitud de uno de los que estaba presente y con certeza había escuchado el grito de desesperación de Jesús. El texto narra: “Y en seguida uno de ellos fue corriendo a tomar una esponja, la empapó en vinagre y sujetándola a una caña, le ofrecía de beber” (Mt 27,48/Mc 15,36). Sin lugar a dudas, esto es un acto de compasión después de ver a alguien colgado, sin ayuda y en su desesperación da sus últimos gritos.

El mundo entero está viviendo, experimentando una pandemia. Cada uno está viviendo esta realidad de distinta manera. Unos encerrados, por miedo al contagio, otros afectados ya por el contagio, los últimos lloran la pérdida de un familiar, de un amigo a causa del virus. Cada uno está soportando de modo particular esta realidad. Todo ha cambiado, todo está tomando otro rumbo, incluso nosotros que nos sentimos encarcelados en nuestras casas. Ya nada es igual. Es un virus que ha cambiado todo, nuestra forma de vivir, de comer, de protegernos, de convivir, de luchar, de estar con el otro, de sufrir el dolor de los otros. Este cambio nos debe ayudar a ser mejores, a no olvidar que todos somos humanos. Nos debe ayudar a transformarnos en más humano a partir de una experiencia concreta. Tiene que ser un cambio para ser mejores.

¹ La narración de la muerte de Jesús en el Evangelio de Lucas es distinta, es más corta y la frase en el momento de expirar es: “Padre, en tus manos encomiendo mis espíritu” (Lc 23,46).

Frente al sufrimiento de Jesús, uno de los presentes salió a buscar algo para beber. Eso debió ser una experiencia muy dolorosa y humana, para aquel que vió a Jesús en un momento de vulnerabilidad. Esa fue una experiencia transformadora. Así como ese Uno o Aquel, desconocido en el texto, intentó dar una mano amiga a Jesús en su momento de desesperación, así también nosotros tenemos la oportunidad de transformar nuestras vidas, en vidas humanas. A partir de la experiencia, en este caso de una situación de pandemia, podemos aprovechar esta realidad y darnos, entregarnos, compartir con los demás. Tal vez no a través de un contacto directo, pero hay diferentes modos de alcanzar algo de beber a Jesús, representado en nuestros hermanos que nos necesitan.

Que esta situación en que vivimos no nos quite las ganas de vivir, la esperanza y la fe en Dios, sino que nos ayuden a entender que a pesar de las dificultades en que está viviendo la humanidad, tenemos la gran oportunidad de manifestar la palabra de Dios a todos nuestros hermanos.



REENCONTRAR LA PRESENCIA AMOROSA DE DIOS

Gregoria Mamani

Al reflexionar sobre el momento de “cuarentena” que vivimos, me viene a la mente la situación dramática que vivió el pueblo de Israel, cuando fueron desterrados a Babilonia en el 587 a.C. Desde el punto de vista de la historia de Israel el exilio fue un momento crucial, una herida que siempre permaneció en la memoria y en el cuerpo del pueblo. Fue una experiencia dolorosa y a la vez una oportunidad para profundizar su experiencia de fe en el Señor. A partir de este momento toda la vida de Israel se dividió en un antes y un después, de este modo, llegó a convertirse en “paradigma” del camino de fe para el creyente.

El exilio fue, para algunos israelitas, una realidad cruda, en la que aparentemente Dios se escondía y la situación se presentaba contradictoria; algunos sintieron una soledad radical: la crisis y el temor de encontrarse con la muerte en todas sus dimensiones. Pero también para otros fue un gran desafío: seguir confiando y tener la valentía de atravesar esta experiencia dolorosa, de crisis de fe para poder alcanzar la profundidad última de la pregunta “por qué” que resuena en los salmos y en los lamentos bíblicos (Lam 3,1-18; Sal 79,1-5).

Igual que el pueblo de Israel nosotros, en medio del confinamiento y la incertidumbre de qué pasará después, nos planteamos tantas preguntas, a veces sin respuestas. Quizá ¿no será más bien una oportunidad y una invitación para abrirnos al Misterio y saber escuchar con actitud humilde la respuesta? Es cierto que hay múltiples respuestas pero la Palabra de Dios nos quiere mostrar una sola respuesta: tener la capacidad de descubrir en el dolor, en la oscuridad, en el miedo, en la crisis, en la muerte al Dios de la Vida, al Dios que salva (cf. Sal 126), al Dios que nos ama, que hace nuevas todas las cosas (cf. Ap 21,5).

Así también el pueblo de Israel tuvo que atravesar por la incertidumbre y entrar en este proceso de búsqueda. Para la mayoría del pueblo, la destrucción de Jerusalén y el exilio en tierra extranjera, fue interpretado como una maldición y como consecuencia de sus pecados, porque el pueblo no supo cumplir la ley dada por Dios (cf. Lam 1,8.14.18; 3,42; 4,13; 5,7). El pueblo se sentía maldecido y excluido por el mismo Dios (Is 49,14). A pesar de la advertencia de sus profetas, no se podía creer lo que acontecía. ¡Lo impensable había sucedido! Jerusalén, la ciudad santa, la ciudad donde está el Templo, la ciudad en la que Dios habita, la ciudad del rey David, la ciudad del Mesías, había sido tomada por los paganos, los incircuncisos (cf. Sal 74,4-10). El libro de Lamentaciones utiliza imágenes fuertes que describen la acción de Dios que los hirió, castigó y traumatizó a su pueblo. Pero también, en el mismo libro, existen pasajes que reflejan confianza: “Ponte de pie y grita... derrama como agua tu corazón ante el rostro del Señor, alza tus manos hacia él por la vida de tus pequeños” (Lam 2,19), e invitan a la esperanza en medio de la desolación: “Pero tengo en el corazón, algo que me hace esperar” (Lam 3,21).

Ante el dolor y el sufrimiento una parte del pueblo mantiene, en su memoria, la presencia constante de Dios y comienza a releer su historia. Si en el pasado Dios intervino en su favor

(Ex 14,131) y liberó a un pueblo esclavizado, también en el presente lo puede hacer. Los profetas Jeremías e Isaías (40-66) encaminarán al pueblo hacia una esperanza renovada.

En el llamado “libro de la consolación” (Jer 30-31) el profeta Jeremías afirma: “En aquel tiempo -oráculo de *Yhwh*- seré el Dios de todas las familias de Israel y ellos serán mi pueblo” (Jer 31,1). Estos capítulos anuncian la esperanza y la salvación para el pueblo. Por su parte, Isaías (40-66) presenta bellas imágenes relacionadas con el ambiente familiar. Así, cuando no hay Templo, surge en el pueblo exiliado una nueva experiencia de Dios, un nuevo modo de reconocer su presencia. En tierra extranjera y asediada por las costumbres de los babilonios, el único espacio de autonomía que les quedaba era el pequeño mundo de la familia. Así lo expresa Mesters y Orofino: “Y fue precisamente en este espacio reducido y debilitado de la familia donde los discípulos de Isaías reencontraron la presencia amorosa de YHWH. La nueva imagen de Dios refleja este ambiente familiar, pues Yahvé, el Dios del pueblo, es presentado a ellos como *Padre* (Is 63,16; 64,7), como *Madre* (Is 46,3; 49,15-16; 66,12-13), como *Marido* (Is 54,4-5; 62,5), como pariente próximo (o *hermano mayor*) (Is 41,14; 43,1)”² el *Redentor* que cuida y se preocupa por sus hermanos y hermanas, (Is 41,13) y como el joven *novio* (Is 62,5). “¡Imágenes de familia! Ellos, por así decirlo, *humanizaron la imagen de Dios y sacralizaron la vida como el espacio del reencuentro con Dios*”³.

En este confinamiento ante la pandemia probablemente nos encontramos: “en casa”, “en familia”, “en comunidad”, o tal vez nos encontramos como tantos hermanos y hermanas, según el servicio que ejercen, “en la calle”, “en los hospitales”, “en el campo, trabajando la tierra o cuidando del ganado”, “en los mercados”, “recogiendo los deshechos”... Como alguien decía: “es Cristo que está actuando en cada uno de ellos”. Pues, tenemos la oportunidad, y más aún, en este ambiente de Semana Santa, que es un tiempo oportuno de retiro, oración y reflexión espiritual. Tenemos la oportunidad de reencontrarnos con el Señor, y saberlo reconocer en los hermanos y hermanas, en los acontecimientos que nos toca vivir día a día. Es un tiempo, un *Kairos* para el mundo y para cada uno de nosotros. Una oportunidad para *escuchar* a Dios y al hermano/a, de acoger, perdonar, ser solidarios, amar... contemplar y abrirse al Misterio y dejarse transformar por su Amor para celebrar la Pascua de la Resurrección.

- ¿Cuál será nuestro modo de vivir en este momento?
 - ¿Qué nos pide Dios a nivel personal, familiar, comunitario?
- ¿Qué actitudes debemos fomentar en estos tiempos como familia, comunidad, una “iglesia doméstica”?



² MESTERS C. – OROFINO F., “Los dos decálogos en defensa de la vida”, *RIBLA* 65 (2010) 168-176,73.

³ *Ibid.*, 73.

CUARENTENA, OPORTUNIDAD PARA TORNARNOS MÁS HUMANOS

Eileen Fitzgerald, ESS

Vivir la cuarentena es algo muy novedoso. Nos genera extrañeza tener que quedarnos en casa no por motivos de resguardar la seguridad en tiempo de conflictos socio-políticos, sino por evitar la propagación del contagio de un potente virus. No se trata simplemente de un toque de queda ampliado, sino de distanciamiento social, auto-aislamiento, barbijos, guantes, gel, rutinas de desinfección tras una salida para hacer compras esenciales, el cierre de casi todas las actividades usuales o en muchos casos su traslado a plataformas virtuales, el desempleo y otras dificultades para seguir adelante...

Todo esto suscita diversos sentimientos: aburrimiento, enojo, miedo, ansiedad, desamparo, compasión, angustia, impotencia, duelo, confianza en Dios... y a pesar de algunas reacciones egoístas o de rechazo ante personas infectadas, abundan gestos de solidaridad y un renovado aprecio por todos aquellos que trabajan en el campo de la salud.

Las novedades se expresan en pequeños detalles de cada día: experimentar un trato más amable con la gente que se encuentra en la hora de hacer compras, conversar más con los vecinos en estas ocasiones, jugar con los nietos por videoconferencia, buscar modos creativos de alcanzar comida a personas necesitadas, vivir liturgias virtuales...

A pesar de los “distanciamientos”, podemos sentirnos más conectados que nunca... Nuestra fe nos invita a confiar que Dios nos acompaña en todo esto, no nos abandona en nuestra fragilidad y vulnerabilidad. Jesús se acercaba a las personas que sufrían sin preocuparse por su condición moral, les tocaba, les devolvía dignidad y les regalaba “vida en abundancia” (Jn 10,10). Rebosaba amor, misericordia y perdón.

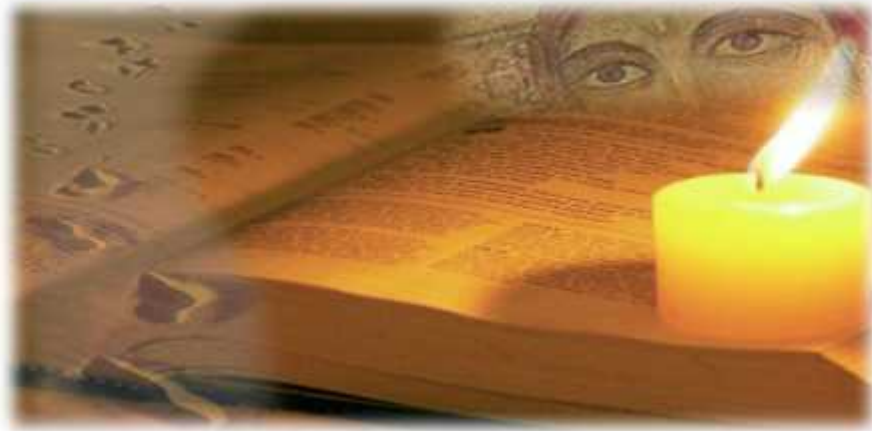
Moisés intercedió por el pueblo de Israel que se unió en el grito de socorro al Señor ante la plaga mortal de serpientes abrasadores, a la vez que reconoció que se había extraviado de los caminos de Dios. El Señor le pidió a Moisés elaborar y elevar en un mástil una serpiente de bronce, y al mirarla cualquier víctima de mordedura se salvaba (Nm 21,4-9). Nuestro contexto actual no se trata de serpientes sino del coronavirus, y nos preguntamos: ¿cómo podemos salvarnos?

La serpiente de bronce, un sencillo signo de salvación, prefiguró la elevación de Jesús en la cruz, siendo él la salvación en persona (Jn 3,14-15; 8,28). Pese al intento de las autoridades de quitarle de vista una vez muerto, se ha cumplido la profecía de que “mirarán al que traspasaron” (Jn 19,37). Somos invitados a contemplarle mucho a Jesús en la cruz y en todos los que sufren esta pandemia, para empaparnos de su modo de ser y actuar, comprender nuestros desvíos de su camino a muchos niveles y vislumbrar el tremendo don de su vida resucitada, el algo nuevo que está brotando: “voy a hacer algo nuevo, ya está en marcha, ¿no lo reconocen?” (Is 43,19).

Preguntas de reflexión:

- ¿Qué sentimientos me suscitan la vivencia de cuarentena?
- ¿Qué novedades significativas descubro?
- ¿Cómo es mi experiencia de Dios en este tiempo?

- ¿A qué actitudes y acciones concretas me siento invitado (individualmente y/o en comunidad)?
- ¿Qué es lo nuevo que va surgiendo? ¿Cómo puedo secundarlo?



“La creatividad del amor”

Hna. Marina Echenique, HSA

“Es un momento difícil para todos. Para muchos, muy difícil. El Papa lo sabe y, con estas palabras, quiere expresar a todos su cercanía y su afecto. Intentemos, si podemos, aprovechar este tiempo lo mejor posible: seamos generosos; ayudemos a quien lo necesita en nuestro entorno; busquemos, a lo mejor por teléfono o en las redes sociales, a las personas que están más solas; recemos al Señor por los que pasan por esta prueba en Italia y en el mundo. Aunque estemos aislados, el pensamiento y el espíritu pueden llegar lejos con la creatividad del amor. Es lo que hace falta hoy: la creatividad del amor.” (Mensaje del Papa ante la inusual Semana Santa del Coronavirus”)

¡El mundo se ha paralizado de un momento a otro! Como nunca nos vemos incomunicados los que hace poco estábamos por las calles, los lugares de diversión, los negocios, los puestos de trabajo, los lugares de encuentros cotidianos y, lo que es también doloroso no lograr ni siquiera tener nuestras liturgias comunitarias que nos hacen tanta falta.

Las calles silenciosas de las ciudades... la población del entero planeta “Tierra” aguarda expectante, (Rom 8,19) pareciera que también la creación entera con todos sus seres, grandes y pequeños, fieras y ganados, toda la creación: galaxias, estrellas, planetas, aguas, animales pequeños y grandes, todos los seres que Dios creó y que se narra en los primeros capítulos del Génesis, todos los seres vivos esperan anhelantes el desenlace de esta situación que estamos viviendo hoy, porque la “pandemia” no tiene la última palabra, todo volverá a resplandecer y entrará en la libertad gloriosa de los hijos de Dios con todo su esplendor.

Es impresionante el sentido cósmico que san Pablo demuestra (cf. Col 1,20; Ef 1,10). ¡Qué tristeza nos viene cuando descubrimos que el pecado, nuestro pecado sometió a la frustración a toda la creación!. Pecado nuestro, sólo nuestro, pero que empañó también a las demás criaturas. Sí, cuántos desastres causados por la mano del hombre, cuántas experiencias de dolor e impotencia de frente a incendios provocados, a tanta contaminación ambiental, violencia y corrupción, materialismo desenfrenado, menosprecio de la vida y de los valores fundamentales del ser humano... Realmente hemos dañado nuestro planeta y ahora llegamos a un punto donde tenemos que hacer un “alto” en el camino para recapacitar y volver a amar lo que Dios nos dio, volver a contemplar las maravillas de la Creación con respeto, dando alabanza y gloria a su Creador. Pues la materia y todos los seres materiales, es el primer regalo que Dios nos hizo. La materia no es nuestra enemiga. Es nuestra hermana.

Para realizarlo necesitamos, como dice el Papa Francisco **“la creatividad del amor”**. Si somos hechos a imagen y semejanza de Dios somos también capaces de crear algo nuevo, ante todo teniendo un corazón nuevo para amar, para ver la vida de otra manera, con una mentalidad positiva, fruto de este período de silencio, encierro y sufrimiento, que nos lleva a dar gracias a Dios por tantas lecciones aprendidas.

Realmente este período es y será un tiempo de gracia para todos, ya que nunca antes hemos vivido la misma experiencia, sin mirar las diferencias que muchas veces nos lleva a las comparaciones, nos hemos descubierto vulnerables, frágiles y necesitados los unos de los

otros y, aún más, nos hemos dado cuenta que nuestra vida está en las manos de Alguien más poderoso que todo cuanto nos rodea.

Sólo Dios nos puede ayudar a ser creativos en el don de sí. Cada día, cada amanecer es una nueva oportunidad que Dios nos da para crear... para inventar gestos de atención y cariño, actitudes positivas que nos lleva a ser creativos en nuestras relaciones interpersonales. Nuestro mundo necesita colaboradores que amen y construyan puentes para que todos podamos estrechar lazos de amistad y amor. ¡Cuántos muros que construimos, muchas veces, buscando el poder, el tener, el poseer! Es hora de unirnos y buscar entre todos el Bien Común.

La pregunta que podemos hacernos hoy es: **¿Cómo puedo reconstruir hoy el mundo de mis relaciones familiares, comunitarias, de trabajo... mis relaciones sociales, culturales?**



EN TIEMPO DE VULNERABILIDAD, NOS HACEMOS MÁS HUMANOS

Marcela Soto A., DMSF

Un mes en casa

En medio, de la escasez, es tiempo de multiplicar los panes (Mateo 14,17), “no tenemos más que cinco panes y dos pescados”

Nos hemos encontrado un día jueves mandados a la casa, no hay clases, se suspenden las actividades grupales, eventos etc. Y nos fuimos a comprar, a conseguir lo necesario para lo que se venía y las redes sociales otra vez nos bombardearon con noticias, con múltiples informaciones, imágenes, números, datos.

Pasan los días, nos invaden sentimientos ante esta experiencia nueva...nos sentimos vulnerables, la incertidumbre a lo nuevo, el miedo al no poder controlar la situación y preocupación porque la enfermedad y la muerte nos amenaza.

Comenzamos a tomar distancia, con los vecinos, entre comunidades, las hermanas, la familia... ya no nos podemos abrazar, tocar...ahora es el tiempo de silencio, de soledad, de repensar cómo vivir este tiempo, organizando la vida “monacal” y l@s menores de 65 podemos salir de acuerdo al número.

Y brotan las preguntas ¿Por qué esta pandemia? No tenemos misa ¿...? ¿Cómo estarán nuestros vecinos, las comunidades más cercanas y las que están más lejos?

Volvemos a orar más relajadamente, ahora tenemos mucho tiempo, espacios largos reflexivos...es tiempo de contemplación con todo nuestro ser, la Palabra nos acompaña en tiempos de cuaresma, no necesitamos viernes de ayuno...no necesitamos pedir silencio este nos rodea...no necesitamos hablar de lo mucho que hacemos por Dios...hablamos de lo esencial...vivimos la comunión de otro modo.

Surge la creatividad, porque la experiencia se prolonga y vamos llenando el día, algunas hermanas y hermanos se organizan para ayudar, otros porque son del área de salud van a trabajar, otros a cocinar, a cuidar las plantas, a leer, a tocar la guitarra...y otros a trabajar desde la casa con clases por internet...

Nos damos cuenta de que el cielo está limpio, los animales se sienten menos amenazados, estamos menos consumistas...vivimos de lo necesario... nuestros oídos están menos contaminados de ruidos...estamos habitando una misma comunidad humana.

Surgen nuevas preguntas cómo las que se hace Víctor Codina *¿Por qué Dios permite la pandemia y calla? ¿Es un castigo? ¿Hay que pedirle milagros? ¿Dónde está Dios?¿ ...?* Estamos reaprendiendo a creer en el Dios de Jesucristo, el Dios Vivo...

¿Una semana santa sin culto?

“Y compartían el pan en sus casas” (Hechos 2,42) porque creían y confiaban en Aquel que es el camino la verdad y la vida (Juan 14,6)

Volver a la Iglesia pueblo de Dios, a la Iglesia doméstica, a la comunidad pequeña reunida en torno a la mesa, no importa el tamaño, todos caben en ella para compartir la Palabra, el pan, el vino, brindando por el Resucitado.

Después de tantos días, rodeadas de un virus amenazante, nos sentimos fuertes porque hemos centrado nuestra mirada, el corazón, los pies, todo nuestro ser se dirige a Aquel que nos ha llamado y nos habita con amor para ser sus seguidoras y discípulos.

El mejor culto es amar... un amor expresado en gestos de cuidado, de solidaridad, de servicio, de respeto a la Casa común.

El mejor culto es amar... un amor que lleva a repartir y a compartir con quien lleva marcado el rostro de Dios, del Crucificado.

El mejor culto es amar... un amor que abre mi corazón al encuentro compasivo con el que sufre.

❖ *¿Cómo será esta Semana Santa?*

Una vida religiosa amasando vida

Hasta que todo fermenta (Mateo 13,33) para celebrar junto a Aquel que afirma: “Yo Soy el Pan de Vida” (Juan 6,35.48) y “Yo soy la Resurrección. El que crea en mí. Aunque muera vivirá” (Juan 11,25)

Ya hemos comenzado a preparar esta masa que pronto fermentará y la pondremos al horno, para luego compartir este pan ¿Con quién? ¿Cómo lo haremos desde esta experiencia vivida?

Es una masa que crece porque se ha inundado de cuidado, de cariño, de gratitud, de esperanza, de fortaleza.

No nos da miedo quedarnos sin pan hemos aprendido a hacer pan... hacer del tiempo un espacio para pensar en cómo hemos estado viviendo, en las palabras del Papa que no se cansa de animarnos y desafiarnos ..., en nuestros proyectos congregacionales cómo lo estamos cultivando y recreándolo, en cómo lo evangelios nos muestran a Jesucristo como pan de vida...

Una vida religiosa que existe para dar vida... vida en abundancia... generosamente.

Una vida religiosa amasada con la levadura de la paciencia, de la esperanza y la ternura.

Una vida religiosa que se hace pan anunciado, bendecido, repartido y celebrado en el encuentro después de tantos días sin vernos, abrazarnos, sentirnos.

❖ *¿Será que, luego de este tiempo de cuarentena, algo cambiará en nosotr@s, en nuestras comunidades, familias, vecinos?*

